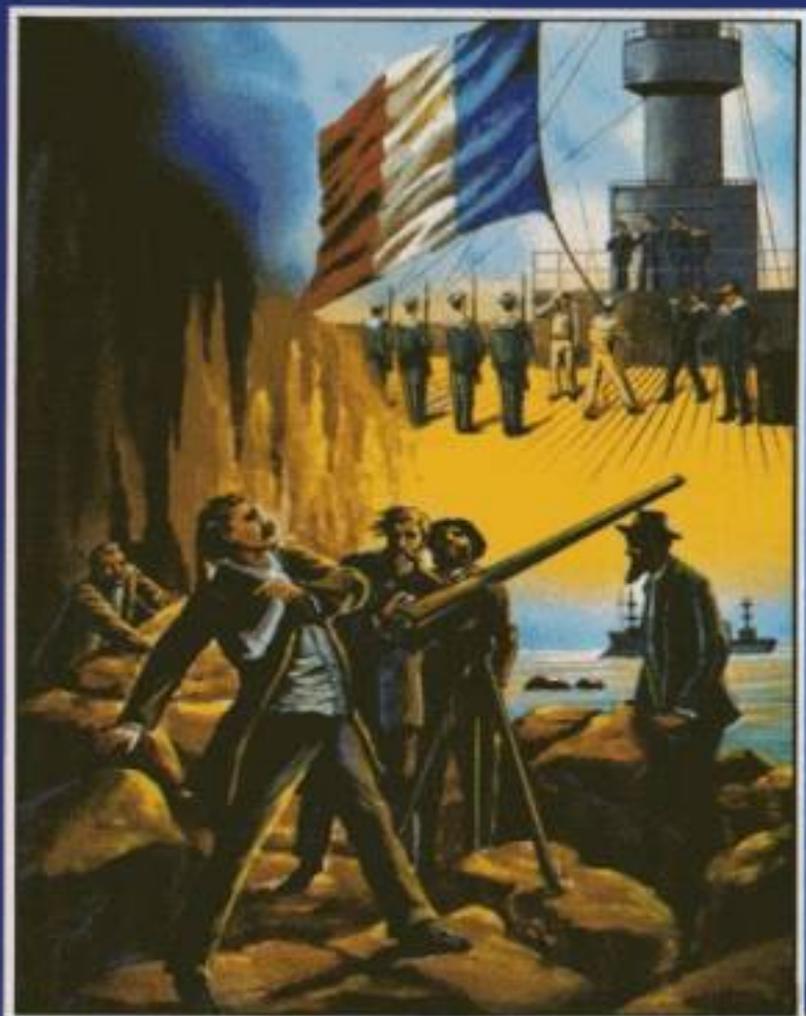
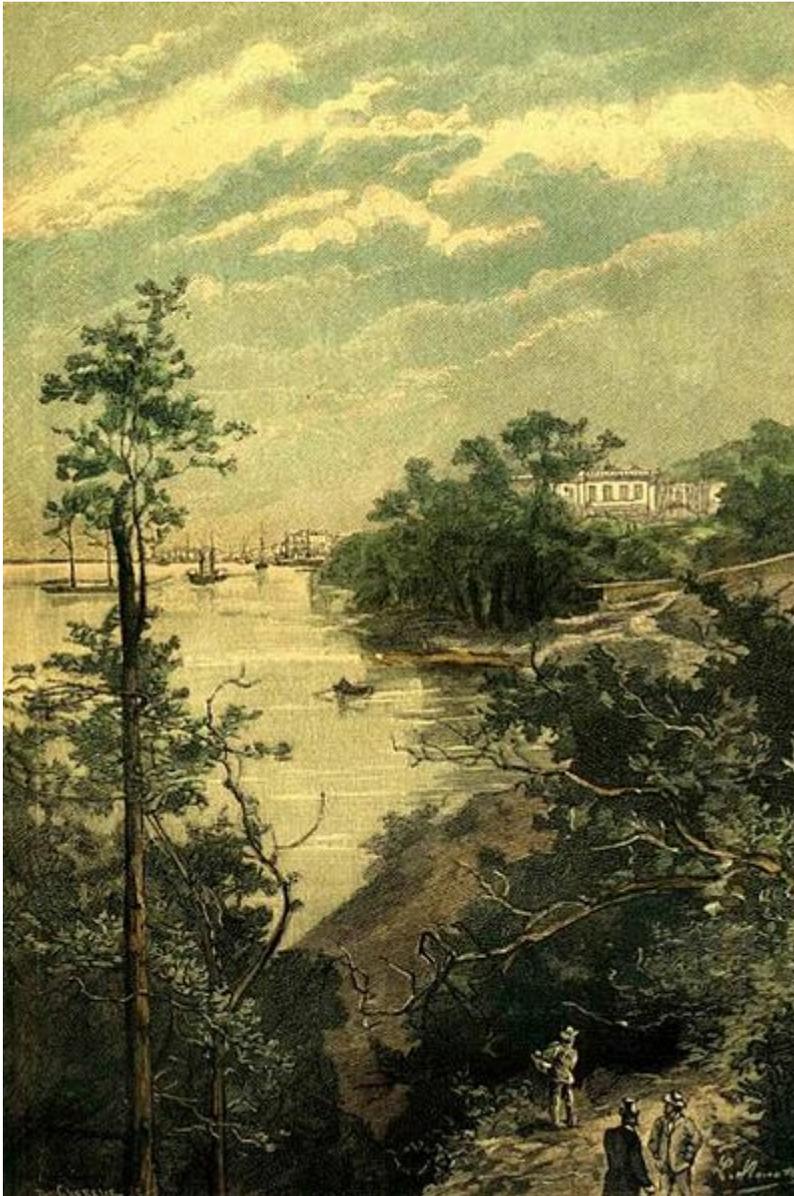


Julio Verne

Ante la bandera



Ante la bandera es una novela donde se narran las peripecias de un científico que crea una poderosísima arma: el fulgurador Roch, en una clara alusión a la bomba atómica. Esta novela es un claro exponente de la mentalidad de Verne con respecto a las armas, el creciente poderío y militarismo de Alemania y el papel que la ciencia puede representar como creadora de monstruos en la figura de un científico loco que posee un invento capaz de los mayores beneficios o de las mayores desgracias. Esta obra, junto con «*Los quinientos millones de la Begún*», se considera como la anticipación de las armas de destrucción masiva, en especial la bomba atómica.



I. HEALTHFUL-HOUSE

La tarjeta que recibió aquel día —15 de Junio— el Director del establecimiento de Healthful-House, llevaba correcta-

mente este sencillo nombre, sin escudo ni corona:

EL CONDE DE ARTIGAS.

Bajo este nombre, y en la esquina de la tarjeta, estaba escrita con lápiz la dirección:

«A bordo de la goleta *Ebba*, anclada en New-Berne, Pamplico-Sound».

La capital de la Carolina del Norte, uno de los cuarenta y cuatro Estados de la Unión en aquella época, es la importante ciudad de Raleigh, situada unas ciento cincuenta millas en el interior de la provincia. Merced a su posición central, esta ciudad llegó a ser el asiento de la legislatura, pues las demás la igualan o superan en valor comercial o industrial, por ejemplo, Wilmington, Charlotte, Fayetteville-Edenton, Washington, Salisbury, Tarboro, Halifax, New-Berne. Esta última se eleva en el fondo de la ensenada de Neuze-river, que se arroja en el Pamplico-Sound, especie de vasto lago marítimo, protegido por un dique natural formado de las islas o islotes del litoral caroliniano.

No hubiera podido el Director de Healthful-House adivinar la razón por la que se le enviaba aquella tarjeta, a no ir ésta acompañada de una carta, en la que el Conde de Artigas solicitaba permiso para visitar el establecimiento en cuestión. Esperaba el personaje que el Director accediese a su demanda, y contaba con presentarse por la tarde con el capitán Spada, que mandaba la goleta *Ebba*.

Este deseo de penetrar en el interior de aquella casa de salud, muy célebre entonces y muy solicitada por los enfermos ricos de los Estados Unidos, no podía parecer sino muy natural de parte de un extranjero. Otros la habían ya visitado sin llevar un gran nombre como el Conde de Artigas, y no habían escaseado sus enhorabuenas al Director. Apresuróse, pues, éste a conceder el permiso que se solici-

taba, y respondió que para él sería gran honra abrir al noble visitante las puertas de su establecimiento.

Healthful-House, servido por un escogido personal, con el concurso de los médicos de más nombre, era de creación particular. Independiente de los hospicios y hospitales, pero sometido a la vigilancia del Estado, reunía todas las condiciones de comodidad y salubridad que exigen las casas de este género destinadas a recibir una opulenta clientela.

Difícilmente se hubiera encontrado un sitio más agradable que el de Healthful-House. Abrigado por una colina, poseía un parque de doscientos acres, plantado de esos magníficos arbustos que prodiga la América septentrional, en su parte igual en latitud a los grupos de las Canarias y de la isla Madera. En el límite inferior del parque se abría la ensenada del Neuze, incesantemente refrescada por las brisas del Pamplico-Sound y los vientos del mar.

En Healthful-House, donde los ricos enfermos estaban cuidados en excelentes condiciones higiénicas, los casos de curación eran numerosos. Pero si el establecimiento estaba en general reservado al tratamiento de las enfermedades crónicas, la Administración no rehusaba admitir a los particulares afectados de trastornos intelectuales cuando la enfermedad no presentaba un carácter incurable.

Precisamente en aquella época había una circunstancia que debía atraer la atención sobre Healthful-House, y que tal vez era el motivo de la visita del Conde de Artigas. Era esta circunstancia la presencia de un personaje de gran notoriedad. Encerrado en la casa desde hacía diez y ocho meses, se le tenía sometido a una observación especial.

El personaje en cuestión era un francés llamado Tomás Roch, de unos cuarenta y cinco años de edad. Ninguna duda podía existir de que estuviera bajo la influencia de una enfermedad mental; pero hasta entonces los médicos no habían notado en él una perturbación definitiva de las facultades intelectuales. Ciertamente que la justa noción de las co-

sas faltábale en los actos más sencillos de la vida; pero su razón permanecía entera, poderosa, inatacable, cuando se hacía llamamiento a su genio; y ¿quién no sabe que a veces el genio y la locura confinan? Verdad es que sus facultades afectivas o sensoriales estaban profundamente atacadas. Cuando había lugar para ejercerlas, no se manifestaban más que por el delirio o la incoherencia. Ausencia de memoria, imposibilidad de atención; nada de conciencia, nada de genio. Entonces Tomás Roch no era más que un loco, incapaz para todo, privado de ese instinto natural que dirige la vida animal, el de la conservación, y era preciso tratarle como a un niño. No se podía perderle de vista, y en el pabellón 17, que ocupaba en el fondo del parque de Healthful-House, su guardián tenía la obligación de vigilarle noche y día.

La locura común, no siendo incurable, no puede ser curada más que por medios morales. La medicina y la terapéutica son impotentes, y su ineficacia es reconocida desde hace mucho tiempo por los alienistas.

¿Eran aplicables estos medios morales al caso de Tomás Roch? Había fundamento para dudarlo hasta en aquel ambiente tranquilo y sano de Healthful-House. En efecto: la inquietud, los cambios de humor, la irritabilidad, las anomalías de carácter, la tristeza, la repugnancia a las ocupaciones serias o a los placeres, aparecían claramente. Ningún médico hubiera podido indicar un medio de curación; ningún tratamiento parecía capaz de hacerlos desaparecer, ni de atenuarlos.

Se ha dicho que la locura es un exceso de subjetividad, es decir, un estado en el que el alma se entrega demasiado a su trabajo interior y poco a las impresiones que vienen de fuera. En Tomás Roch esta indiferencia era casi absoluta. No vivía más que dentro de sí mismo, presa de una idea fija, cuya obsesión le había llevado donde estaba. Difícil, pero no imposible, era que se produjera una circunstancia, un

contragolpe que le «exteriorizase», para emplear una palabra bastante exacta.

Conviene ahora relatar en qué condiciones este francés abandonó Francia; qué motivos le habían traído a los Estados Unidos; por qué el Gobierno federal había juzgado prudente y necesario encerrarle en aquella casa de salud, donde se debía anotar con minucioso cuidado todo lo que inconscientemente se le escapara en el curso de sus crisis.

Diez y ocho meses antes, Tomás Roch solicitó una audiencia del Ministro de Marina de Washington. Bastó el nombre para que el Ministro comprendiera de lo que se trataba. Aunque supiese de qué naturaleza sería la conferencia y qué pretensiones la acompañarían, no dudó, y la audiencia fue concedida inmediatamente.

En efecto, la notoriedad de Tomás Roch era tal entonces, que, cuidadoso de los intereses que se le habían encargado, el Ministro no podía dudar en recibir al solicitante y conocer las proposiciones que éste quería hacerle en persona. Tomás Roch era un inventor, un inventor de genio. Ya importantes descubrimientos le habían dado fama; gracias a él, algunos problemas puramente teóricos hasta entonces habían recibido una aplicación práctica. Su nombre era conocido en la ciencia y ocupaba uno de los primeros puestos en el mundo de los sabios, y se va a ver cómo, después de muchos disgustos, de grandes decepciones y hasta de ultrajes de la prensa, llegó a aquel período de locura que hizo necesario su ingreso en Healthful-House.

Su última invención respecto a los instrumentos de guerra, llevaba el nombre de Fulgurador Roch. A creerle, este aparato poseía tal superioridad sobre los otros, que el Estado que le adquiriera sería el dueño absoluto de los continentes y de los mares.

Sábese de sobra con qué deplorables dificultades chocan los inventores cuando de sus inventos se trata, y, sobre todo, cuando intentan que sean adoptados por las comisiones ministeriales. Numerosos ejemplos —y de los más fa-

mosos— acuden a nuestra memoria. Inútil es insistir sobre este punto, pues estos negocios presentan puntos oscuros difíciles de esclarecer. No obstante, en lo que a Tomás Roch se refiere, justo es confesar que, como la mayor parte de sus predecesores, tenía pretensiones tan excesivas, ponía al valor de su aparato precios tan inabordables, que resultaba casi imposible tratar con él.

Reconocía esto como causa —justo es confesarlo también— que en inventos precedentes, de aplicación fecunda en sus resultados, se había visto explotar con rara audacia. No habiendo obtenido el beneficio que equitativamente debía haber conseguido, su carácter comenzó a agriarse. Hízose desconfiado, y pretendía imponer condiciones tal vez inaceptables, ser creído bajo su palabra, y en todo caso, pedía una suma tan considerable, aun antes de toda experiencia, que tales exigencias parecían ser inadmisibles.

En primer lugar, ofreció el Fulgurador Roch a Francia. Hizo conocer a la Comisión encargada de recibir su comunicación en qué consistía el invento. Tratábase de un aparato autopropulsivo, de fabricación especial, cargado con un explosivo compuesto de sustancias nuevas, y que no producía su efecto más que bajo la acción de un deflagrador, también nuevo.

Cuando este aparato lanzase el proyectil y éste estallase, no contra el objeto a que se dirigía, sino a algunos centenares de metros, su acción sobre las capas atmosféricas era tan enorme, que toda construcción, fuerte o navío de guerra, debía hundirse en una zona de diez mil metros cuadrados. Tal es el principio del proyectil lanzado por el cañón neumático Zalinski, ya experimentado entonces, pero con resultados por lo menos centuplicados.

Si, pues, la invención de Tomás Roch poseía tal poder, significaba la superioridad ofensiva y defensiva asegurada a su país. Sin embargo, por más que hubiera hecho sus pruebas a propósito de otros aparatos semejantes de grandes resultados, ¿no exageraba el inventor? Sólo las experien-

cias podían demostrarlo. Y precisamente él pretendía no consentir en tales experiencias hasta que no estuvieran en su poder los millones en que estimaba su Fulgurador.



Indudablemente, entonces se había producido una especie de desequilibrio en las facultades intelectuales de Tomás Roch. No poseía el juicio completo. Se le veía camino de la locura. Ningún Gobierno podía acceder a tratar con él en las condiciones que deseaba.

La Comisión francesa rompió todo trato, y los periódicos, hasta los de más radical oposición, tuvieron que reconocer que era difícil dar solución al asunto. Las proposiciones de Tomás Roch fueron, pues, rechazadas, sin que, por otra parte, se tuviera el temor de que otro Estado pudiera acogerlas.

Con el exceso de subjetividad, que aumentó incesantemente en un espíritu tan profundamente turbado como el de Tomás Roch, no asombrará que la fibra del patriotismo, aflojada poco a poco, concluyera por no vibrar.

Preciso es repetirlo en honor de la naturaleza humana: en aquel momento Tomás Roch tenía perturbada su inteligencia. No vivía más que para lo que directamente se refería a su invento; para esto no había perdido su poder genial. Pero en lo que concernía a los más insignificantes detalles de la vida, su debilidad moral se acentuaba de día en día, y le quitaba la completa responsabilidad de sus actos.

Tomás Roch fue, pues, despedido. Tal vez entonces hubiera sido conveniente procurar impedir que llevase su invento a otra parte. No se hizo, y fue una torpeza. Llegó lo que debía llegar. Bajo el peso de una irritabilidad creciente, los sentimientos de patriotismo, que son la esencia misma del ciudadano —el que antes de pertenecerse pertenece a su país—, se obscurecieron en el alma del inventor caído. Pensó en otras naciones; pasó la frontera, y olvidando el pasado, ofreció el Fulgurador Roch a Alemania.

El Gobierno, después de conocer las exorbitantes pretensiones de Tomás Roch, rehusó recibir su comunicación. Además, se acababa de poner en estudio la fabricación de un nuevo aparato balístico de guerra, y se creyó poder desdeñar el del inventor francés.

A la cólera de éste se unió el odio; un odio instintivo contra la humanidad, sobre todo después del mal éxito de sus pretensiones en el Consejo del Almirantazgo de la Gran Bretaña. Como los ingleses son gente práctica, no rehusaron desde luego las proposiciones de Roch; le tantearon, procuraron engañarle con artificios. Tomás Roch no quiso oír nada. Su secreto valía millones, y él obtendría esos millones o guardaría su secreto. El Almirante acabó por romper sus relaciones con él.



Tomás Roch

Entonces hizo una nueva tentativa en América, diez y ocho meses antes de comenzar esta historia. Los americanos, más prácticos aún que los ingleses, no regatearon el Fulgurador Roch, al que concedían un valor excepcional dada la fama del químico francés. Con razón le consideraban como un hombre de genio, y tomaron medidas justifi-

cadadas por su estado mental, dispuestos a indemnizarle más tarde en una equitativa proporción.

Como Tomás Roch daba pruebas demasiado evidentes de locura, la Administración, en interés del invento mismo, juzgó oportuno encerrarle.

Se sabe que Tomás Roch no fue recluido en el fondo de una casa de locos. El establecimiento de Healthful-House ofrecía toda garantía para el tratamiento del enfermo. Pero aunque no se hubieran escaseado los más exquisitos cuidados, hasta el día no se había conseguido nada.

Insistamos una vez más en que Tomás Roch, por inconsciente que fuera, se rehacía cuando se le ponía en el terreno de sus descubrimientos. Animábase entonces, hablaba con la seguridad de un hombre dueño de sí, con una autoridad que imponía. Con gran elocuencia describía las maravillosas cualidades de su Fulgurador, los efectos verdaderamente extraordinarios que produciría. Pero sobre la naturaleza del explosivo y del deflagrador, sobre los elementos que le componían, sobre su fabricación, encerrábase en una reserva de la que nada le hacía salir. Una o dos veces, en lo más fuerte de una crisis, hubo motivo para creer que el secreto de su invención iba a escapársele, y se tomaron toda clase de precauciones. Fue en vano: aunque Tomás Roch no tuviese ni el instinto de su conservación siquiera, tenía al menos el de su secreto.

El pabellón 17 del parque de Healthful-House estaba rodeado de un jardín y largas vías, en el que el pensionista podía pasearse bajo la vigilancia de un guardián. Éste ocupaba el mismo pabellón, durmiendo en el mismo cuarto, y observando al inventor noche y día sin abandonarle un momento. Espiaba sus menores palabras en el curso de sus alucinaciones, que se producían generalmente en el estado intermedio entre la vigilia y el sueño, y hasta en éste le escuchaba.

Llamábase este guardián Gaydón. Poco antes de la reclusión de Tomás Roch, y sabedor de que se buscaba un vi-

gilante que hablase el francés, presentóse en Healthful-House, y había sido aceptado en calidad de guardián del nuevo pensionista.

En realidad, este supuesto Gaydón era un ingeniero francés llamado Simón Hart, desde hacía varios años al servicio de una Sociedad de productos químicos establecida en New-Jersey. Tenía cuarenta años, la frente despejada y marcada por el pliegue del observador, la actitud resuelta, denotando energía y tenacidad.

Muy versado en las diversas cuestiones relacionadas con el perfeccionamiento del armamento moderno, Simón Hart conocía a fondo todo lo que se había hecho en materia de explosivos, cuyo número se elevaba a mil ciento en aquella época. No discutía a un hombre tal como Tomás Roch; creía en la potencia de su Fulgurador, y no dudaba que estuviese en posesión de un aparato capaz de cambiar las condiciones de la guerra en mar y tierra, tanto para la ofensiva como para la defensiva. Habiendo oído decir que en Roch la locura respetaba al sabio; que en el cerebro de éste, en parte desequilibrado, brillaba aún la llama del ingenio, tuvo una idea: la de que, si su secreto se escapaba durante sus crisis, aquel invento de un francés sería aprovechado por un país extranjero. Resolvió ofrecerse para guardián de Tomás Roch, fingiéndose un americano que hablaba correctamente la lengua francesa. Pretextando un viaje a Europa, presentó su dimisión y cambió de nombre; ayudáronle las circunstancias, fue aceptada la proposición que hizo al Director, y he ahí cómo desde hacía quince meses desempeñaba cerca del pensionista de Healthful el oficio de guardián.

Esta resolución atestiguaba un raro sacrificio, un noble patriotismo, pues se trataba de un oficio penoso para un hombre de la clase y de la educación de Simón Hart. Pero no se olvide que el ingeniero no pretendía robar su secreto a Tomás Roch si éste le dejaba escapar, y el último tendría de él el legítimo provecho si recobraba la razón.

Así, pues, desde hacía quince meses Simón Hart, o más bien Gaydón, vivía junto a aquel demente, observándole, espiándole, hasta dirigiéndole preguntas, sin que adelantase nada. Aparte de esto, oyendo al inventor hablar de su descubrimiento, veíase que estaba más convencido que nunca de su extraordinaria importancia. El ingeniero temía también, mas que nada, que la locura parcial de Tomás Roch degenerase en locura general, o que en una crisis suprema muriese su secreto con él.

Tal era la situación de Simón Hart; tal era la misión a la que se sacrificaba en interés de su país.

Sin embargo, a pesar de tantas decepciones y disgustos, la salud de Tomás Roch no estaba comprometida, gracias a su constitución vigorosa. La nerviosidad de su temperamento le había permitido resistir a tantas causas de destrucción. De regular estatura, la cabeza poderosa, ancha frente, cráneo voluminoso, los cabellos grises, la mirada fija y viva, cuando su pensamiento dominante la hacía brillar; espeso bigote bajo una nariz de ventanillas palpitantes, labios fuertemente cerrados como si no quisieran dejar escapar su secreto, rostro pensativo, actitud de hombre que ha luchado por largo tiempo y está resuelto a luchar todavía: tal era el inventor Tomás Roch, encerrado en uno de los pabellones de Healthful-House, sin conciencia de ello quizá, y confiado a la vigilancia del ingeniero Simón Hart, bajo el nombre del guardián Gaydón.

